

SUSCRICION

Madrid: 2 pesetas al mes; 6 id. trimestre.
 Provincias: 7,50 id.
 Extranjero y Ultramar: seis meses, 5 pesos fuertes en oro.
 Número suelto: una peseta 50 céntimos.

La Ilustración de los Niños

OFICINAS

Fuencarral, 3, principal
 MADRID

No se sirve suscripción cuyo pago no se anticipe.
 Anuncios y esquelas de defunciones de niños á precios convencionales.

SUMARIO

I. El centenario de Calderon.—II. El espejismo.—III. El zapato de oro.—IV. Madrigal.—V. Historia de Numancia.—VI. S. S. Q. B. S. M.—VII. El entierro de un ángel.—VIII. En la muerte de una joven.—IX. Los árboles de sombra.—X. El saber.—XI. Los niños desahucados.—XII. Lecciones familiares.

EL CENTENARIO DE CALDERON

Es una verdad, confesada por los primeros génios del mundo, que las naciones se honran, honrando la memoria de sus grandes hombres.

El pueblo que se acuerda de solemnizar algún hecho célebre de la vida de alguno de sus hijos, no ha perdido su virilidad, ni el sentimiento de su íntima razón de ser en la escala de los demás pueblos.

Porque la vida de las generaciones, lo mismo que la humanidad entera, tiene momentos en que decae y se acerca al borde del sepulcro, á la vez que alcanza siglos en que su savia crece y crece, y sabe ejecutar las leyes fundamentales de la historia, que están reservadas á cada una.

Todas las naciones desde el principio del mundo han honrado á sus héroes, porque en estos se concentra y simboliza el espíritu que mueve á cada una á través de la marcha de los tiempos.

En los días patriarcales como en los dorados lustros de Roma, habia épocas destinadas á obsequiar con fiestas populares, juegos y diversiones los aniversarios más famosos de sus anales.

Pero con la única diferencia, respecto de nuestros días, de que Atenas y Roma, lo mismo que Menfis y Jeru-

TOMO IV

salem, únicamente se acordaban de sus campeones y caudillos que con la espada en la mano habian dado un día de gloria á sus pueblos respectivos, y nosotros, los hombres civilizados del siglo XIX, honramos tambien los triunfos del génio, las victorias del talento, que son más puras, más trascendentales que las de la fuerza.

Los adelantos han ido progresando en la

esfera del entendimiento, y este comprende que el hombre es hombre por el poderío de la razón y los fueros de la inteligencia.

Por eso hoy se admira la gloria del espíritu y no el efecto laborioso de la fuerza material.

Ese deseo innato de acordarse un pueblo de sus hijos más ilustres que duermen el sueño eterno, ha despertado en nuestro siglo más potente que en los anteriores y en todas partes ha dado señales de vida.

Goethe y Schiller en Alemania, Voltaire y Fenelón en Francia, Tasso y el Dante en Italia, Camoens en Portugal, han obtenido ya, por decirlo así, su apo-teosis.

Calderon, en nuestra patria, aún no ha recibido el homenaje que á su génio se debe. El nunca bastante alabado autor de *La vida es sueño*, que ha elevado nuestro prestigio ante todas las naciones civilizadas, con los sublimes conceptos que brotaron de su pluma, no ha visto aún en torno de su tumba á todo un pueblo congregado para depositar en ella los laureles de la inmortalidad. Mas ya se acerca el día de rendir el homenaje debido á su talento. Todos los hombres amantes de nuestras glorias nacionales; todas las corporaciones, academias y centros que cultivan las artes y las letras; España entera, en fin, se apresta de una manera febril á demostrar su entusiasmo y su amor hácia el insigne vate que elevara al mayor grado de esplendor y de brillo la literatura dramática nacional.

El 26 de Mayo próximo se celebra en Madrid el segundo centenario de D. Pedro Cal-



DOÑA ÁNGELA GRASSI DE CUENCA

deron de la Barca. Sabidos son ya de todos, los festejos y solemnidades que se preparan, y por otra parte, no es nuestro ánimo pretender hacer una relacion de todo lo acordado sobre el particular, sino emitir ligeras reflexiones que se agolpan á nuestra mente.

Ante todo, no podemos menos de congratularnos al ver que el sentimiento nacional no decae, que en cuanto se ha tratado de hacer una demostracion fuerte, potente, vigorosa del espíritu que nos anima, toda la Península ibérica se ha puesto en conmocion para allegar recursos con que contribuir al mayor realce de la fiesta.

Calderon de la Barca es la encarnacion genuina del carácter de nuestro pueblo. Él simboliza nuestra inteligencia, nuestros afectos, nuestros sueños nacionales. Calderon no es un recuerdo, es una nacion, es España.

Justo es, pues, que todos nos apresuremos á ensalzarle y á proclamarle unánimes el gigante de nuestro teatro.

Pero á la par que llenos de júbilo nos complacemos en presenciar el espectáculo de un pueblo que unido y compacto sabe honrar, cual se merecen, la memoria de nuestros primeros poetas, una idea triste asalta nuestra mente y llena nuestro corazon de desconsoladores sentimientos.

Es el recuerdo de que en esos mismos instantes de entusiasmo y alegría, otros grandes talentos gimen en el silencio, devorados por el hambre y las privaciones.

Porque nosotros creemos que es hasta una ley de la historia, ley dolorosa, pero que se cumple, que las naciones no conocen á sus grandes hombres hasta muchos años despues de que éstos bajaron al sepulcro.

Y ménos mal, cuando los llegan á conocer despues de haber desaparecido del mundo de los vivientes, porque muchos, muchísimos, no han sido comprendidos aún por la humanidad.

Jesucristo llegó á predicar unas ideas tan santas, tan sublimes, que á pesar de haber trascurrido desde entonces diez y nueve siglos, aún no han llegado claras y distintas á la inteligencia del hombre.

Y no porque fuesen oscuras, que eran, por el contrario, sucinto de sencillez, sino por la aberracion constante que contra todo lo bueno existe en el espíritu de la criatura humana.

Aquellos grandes sábios de Grecia, cuyas luces iluminaron siglos de gloria, murieron en la miseria, en el ostracismo ó en las cárceles.

Nuestros grandes ingenios nada tuvieron tampoco que agradecer en vida á la patria en que nacieron.

En cambio despues, cuando sus cuerpos se reducen á cenizas, viene el remordimiento á la conciencia del pueblo, y trata éste de pagar, en lo posible, la deuda contraida con sus hijos.

Por esto, al ver tales festejos, nos acordamos de los sufrimientos de los que hoy lloran en la oscuridad la indiferencia de sus compatriotas.

Es preciso que se convenzan las naciones, de que por muy grande, por muy glorioso

que sea solemnizar los aniversarios y centenarios de sus hombres ilustres, mucho más benéfico y reparador seria prestarles apoyo cuando aún viven y se hallan abatidos por los reveses de la desgracia.

A los hombres que se esfuerzan en ayudar á su país á caminar por la senda del progreso, hay que favorecerles en vida, porque despues no necesitan más recompensa que la destinada por el Eterno para los espíritus sin mancilla.

Hoy, como en tiempos de Cervantes y de Calderon, existen génios que se hallan oscurecidos, llorando sus desdichas con el valor del hombre fuerte á quien abandona la fortuna.

Hoy, como en aquellos siglos, despreciamos á esos hombres que nos enseñan grandes doctrinas.

Esto no es justo y acusa un gran indiferentismo en el espíritu de los pueblos.

Hónrese al génio en la muerte, pero no se le deje en la vida vivir entre privaciones y amarguras.

No se olviden de esto los amantes de nuestras glorias. Haciéndolo así, seremos mucho más dignos de ostentar con orgullo el título de compatriotas de Cervantes, de Lope y de Calderon.

JOSÉ NOVI Y PEREDA

EL ESPEJISMO

Bañado con la luz esplendorosa
de un sol claro y brillante,
por un estéril y árido desierto
en donde abrasa el aire,
camina el hombre que atrevido intenta
lanzarse cual las aves,
á través de ignorados horizontes
ó de revueltos mares.
Candente arena por doquier se ofrece
y récios huracanes,
cual *Simoun* que sepulta embravecido
á miles de viajeros.
Cuando se ve la luz de la esperanza
próxima á aniquilarse
y á extinguirse el aliento de la vida
como flor que ya cae,
dibújase cual cristalino espejo
la clarísima imagen
del lago inmenso de tranquilas aguas
ó de árboles gigantes,
ó del deseado oasis la verdura
clara se vé pintarse,
y del arroyo que le riega humilde,
la ráfaga ondulante,
ó el aspecto de cúpulas y torres,
de soberbios alcázares,
bañados por la luz tibia y cansada
que da el sol de la tarde.
Pero todo ilusion... ilusion vana
cual humo se deshace,
ilusion de la cual, la ciencia explica,
la verdad inmutable.
De la vida en revuelto torbellino,
mil ilusiones nacen,
que cual el espejismo desaparecen,
cual él, breves, fugaces.

JOAQUIN OLMEDILLA Y PUIG

EL ZAPATITO DE ORO

Es una sencilla leyenda alemana la que voy á referiros: me la contó un viejo soldado que

habia seguido las banderas del Capitan del siglo, que habia visitado las floridas márgenes del Rhin, meditando entre las ruinas de sus castillos feudales, buscando entre el polvo de las tumbas sus bellas tradiciones. Un dia llegó á una poblacion... ¿Era una aldea? ¿Era una ciudad?... Ni él mismo pudo decirlo... Sabia únicamente que se espejaba en las temblorosas ondas del Rhin, que tenia un dosel depicachos coronados de encinas y de enebros, que estaba rodeada de pensiles y vergeles, llenos los primeros de balsámicas flores, llenos los segundos de frutos deliciosos.

En otros tiempos aquella poblacion habia sido floreciente, populosa; pero la guerra habia pasado por allí, teniendo en una mano la tea y en la otra la espada, y solo habia perdonado lo que no habia podido destruir, el sereno cielo, los floridos campos, las aguas del rio que se deslizan murmurando por el profundo cauce.

En medio de casas arruinadas y cubiertas de verde musgo, descollaba un templo más ruinoso todavía.

Aquel templo solo conservaba un pórtico derruido, la nave mayor, cuyo techo, lleno de grietas, dejaba paso aquí y allá á los rayos del sol, y algunos arcos truncados por la segur del tiempo ó la incendiaria tea.

No habia ningun sacristan que guardase la puerta, franca á todos los pasajeros; no habia ningun campanero que á la caida de la tarde pusiera en movimiento las campanas para congregarse á los fieles. Las campanas permanecian mudas en el alto campanario, que carecia de escalera, como los santos mutilados permanecian silenciosos sobre sus altares.

En aquel dismantelado recinto habitaba, no obstante, un viejo pastor con su familia, y más de una vez las blancas ovejas, las pintadas cabritas habian invadido el templo, triscando sobre los rotos chapiteles y balanceando con tono lastimoso, como si lamentasen tambien la ruina de objetos tan venerandos.

En la sala capitular de los monjes, que servia de albergue al pastor, recibió hospitalidad el valiente guerrero amigo mio, y mientras se calentaba sentado junto á la lumbre, fué recogiendo mil leyendas relativas al antiguo monasterio, una de las cuales es la que os ofrezco.

Aquella iglesia estaba consagrada á Santa Cecilia, y habia sido edificada por una comunidad de monjes, tan doctos y tan piadosos, que los peregrinos venian de muy lejos para escuchar sus evangélicas palabras. Reyes, guerreros, sábios, damas de elevada alcurnia y hasta humildes plebeyos, todos acudian en tropel á rezar ante la divina efigie, deponiendo en las gradas del altar su piadosa ofrenda.

De este modo el templo de Santa Cecilia se convirtió en el más rico de Alemania. Rosas de oro coronaban los altares, flores de lis de plata las cabezas de los santos, más de mil cirios ardian en otros tantos candeleros formados de ambos metales, y los incensarios estaban guarnecidos de zafros y topacios.

Fué en la época de su más alto esplendor cuando aconteció el suceso portentoso.

Oculto entre dos sauces, y muy cerca del

pueblo, elevábase entonces una rústica cabaña.

Allí se había escondido el amor, personificado en tres seres: un hombre, una mujer y un niño, ¡Santa trinidad, que no forma más que una sola indivisible esencia!

Bellos eran el hombre y la mujer; era un arcángel el niño: de blondos cabellos, de azules ojos, de voz dulce y melodiosa.

Con el amor, la felicidad había tomado asiento en la cabaña.

Sus habitantes tenían para su regalo blanco pan que les ofrecía el trigo de un reducido campo, el licor espumoso de su pequeña viña, los frutos de su diminuto huertecillo y la leche de dos cabritas, blanca la una, negra la otra, pero ambas dóciles y alegres. ¿Para qué necesitaban más los dos esposos amantes? Todos los días eran días de fiesta en la cabaña, y las horas se deslizaban entre protestas de amor y cánticos de júbilo.

Pero un día ambos se durmieron riendo y se despertaron llorando... Un ejército enemigo había acampado allí destruyendo su campo, su viña, su huerta. Las cabras habían desaparecido, habían desaparecido las palomas y gallinas.

Beltran, que así se llamaba el esposo, ciego de cólera, apostrofó á los soldados; los soldados respondieron á sus denuestos saqueando su casa y llevándole consigo prisionero.

¿Qué fué entonces de la infeliz esposa, de la dulce María?

¡Ay, desdichada! No sucumbió al dolor, porque aún podía espejarse en los ojos azules de su niño; pero sus días fueron largos, tristes, nebulosos; sus noches intranquilas pobladas de espectros y tétricas visiones.

—No llores, madre, la decía el pequeño Gotardo, rodeándola el cuello con sus rosados brazos; cuando tenga algunos años más, iré á buscarle.

—No sabemos en dónde está: ¿Quién te servirá de guía? suspiraba la madre sin ventura.

—¡Santa Cecilia! replicaba el dulce niño.

—Hemos quedado tan pobres! ¿Quién te suministrará dinero para el vieje?

—Cantaré la oración de Santa Cecilia, que tan bien cantaba mi padre, y los viajeros me darán limosna.

Así decía Gotardo con las mejillas encendidas, con los ojos resplandecientes de fé, y las lágrimas de la madre se secaban, como se secan las gotas de la lluvia con los rayos del sol de primavera.

Una madre santa hace santos á sus hijos. Este axioma, tan antiguo como el mundo, se perpetuará hasta la consumación de los siglos.

Gotardo, á imitación de María, era dulce, sensible, pundonoroso y honrado.

Durante mucho tiempo, todos los que pasaban por aquellos alrededores se detenían maravillados al oír los ecos de un canto delicioso.

No sabían si era un ruiseñor escondido entre los bosques el que exhalaba dulces trinos y gorjeos inimitables, ó un ángel que había descendido á la tierra para publicar las glorias del Altísimo.

Pero si se adelantaban por entre la espesura, descubrían que el autor de tan grande maravilla era un hermoso niño sentado modestamente á la puerta de su cabaña y esculpiendo figuritas de madera para venderlas en los mercados inmediatos, mientras su madre, que estaba hilando, le escuchaba con un júbilo infinito.

¡Bello cuadro, que más de una vez los pintores habían trasladado á sus lienzos, embriagados de entusiasmo!

Llegó por fin la época dichosa y anhelada: Gotardo cumplió quince años.

El día en que los cumplió, se levantó con el alba, imploró la bendición de su madre, cogió un pequeño atillo que ya tenía dispuesto, y se dirigió lentamente á la iglesia de Santa Cecilia, no sin haber antes besado muchas veces el suelo de su cabaña.

En aquel tiempo las campanas no estaban mudas y tocaban á la primera misa; pero cuando Gotardo entró en la iglesia, recién abierta, no había en ella aún ni fieles ni sacerdotes.

El jovencillo se postró ante la Santa, y con toda la ternura de su fiel amor, con todo el entusiasmo de su fé cristiana, entonó un cántico dulce y melodioso, semejante al que deben entonar los serafines cuando tributan á Dios sus alabanzas.

Los antiguos ecos del templo se estremecieron de júbilo al oír aquella voz argentina y respondieron con notas vagas y fugitivas, formando en los aires una armonía sublime.

Entonces pareció que las mudas efigies se animaban, que agitaban sus alas los ángeles esculpidos en las cornisas, que mil voces misteriosas se elevaban del fondo de los altares...

Y entonces... ¡oh milagro! los ámbitos del templo se iluminaron con una luz viva y sonrosada, y la Santa, sacudiendo el pie, dejó caer su zapatito de oro en las manos de Gotardo.

ANGELA GRASSI DE CUENCA

(Se continuará)



MADRIGAL

Á B

«Relámpago es el génio; á su destello lo triste causa horror, lo bello es bello; cuando luce ante el sol, el día alegre, la noche ante su luz se hace más negra.»
Esto tu madre te contaba un día, y al contártelo así, decir quería que si en un alma cual la tuya encanta, en un mal corazón el génio espanta.

RAMON DE CAMPOAMOR.



HISTORIA DE NUMANCIA

Diversas son las etimologías que se han entretenido en darle á esta ciudad de imperecedero recuerdo cuantos se han ocupado de ella.

Hay quien, como Guevara, hace derivar su

nombre de *Numa*, sucesor de Rómulo, el fundador de Roma; quien se la dá de *Númine* (lugar destinado á Dios), y quien lo apoya en que Numancia es nombre griego, que significa *junta de hombres valerosos*, y que tomó el nombre de uno de los muchos que tuvo.

Mas la gloriosa historia de Numancia comienza en el año 585 de la fundación de Roma, tiempo en que sus guerreros estaban apoderados de la mayor parte de España, y la tenían dividida en dos provincias: citerior y exterior.

Era pretor, á la sazón, de la primera, á la que correspondía Numancia, Tiberio Sempronio Graco, que con su valor y maña, como han asentado todos los historiadores, sujetó y destruyó muchas ciudades de la Celtiberia, é hizo alianza con los de Numancia, pero que duró poco tiempo, por haber faltado á sus condiciones los que á Graco siguieron en el mando.

Este pretor se había conducido, como guerrero, con prudencia y humanidad; ganó como gobernador reputación de desinteresado y probo, y su comportamiento predispuso á aceptar su amistad, además de Numancia, á otras ciudades. El hizo agrandar y fortificar á la antigua Illurcia, donde sentó sus reales, á la que dió el nombre de *Gracchuris* (hoy villa de Agreda, situada en la conjunción de Navarra, Soria y Zaragoza, á la falda del Moncayo).

Después de una larga serie de luchas siempre renacientes, cuyos pormenores fuera tan fatigoso como inútil narrar, formóse una gran coalición entre los celtiberos, arevacos y lusitanos, que hasta entonces habían combatido aislados por efecto de su carácter; esta general confederación alarmó ya á Roma y la obligó á nombrar anticipadamente cónsules para el año entrante (costumbre solo usada en los lances apretados), y á enviar á Quinto Fulvio Nobilior con 30.000 hombres de las mejores tropas de la república y con el gobierno de las dos provincias de España.

Ni el cónsul ni su refuerzo intimidaron á los españoles, esperándole los celtiberos en una emboscada no lejos de Numancia y acuchillando las legiones consulares.

Allí murió gloriosamente en la pelea el intrépido caudillo nombrado *Carus*.

Recibido había Fulvio, poco después de tal desastre, 300 caballos nómadas y 10 elefantes que desde Africa le enviaba un constante aliado de los romanos llamado *Masinisa*, y pareciéndole el momento mejor de intentar otro ataque, fiado en el poder de los elefantes, se aproximó á Numancia, donde se habían retirado los españoles.

Aquí también quedó derrotado el obcecado cónsul; hasta los elefantes se volvieron contra él desordenando sus filas. Cuatro mil legionarios y tres elefantes quedaron en el campo de batalla.

Paces había asentado Numancia después de estos sucesos con el cónsul Marcelo, sucesor de Fulvio, y por ellas respetaba Roma la independencia de Numancia.

Mas terminada la guerra lusitana, desbarazados los romanos de la molesta guerra

de Viriato, volvieron éstos sus miras sobre la arrogante ciudad.

Habían los numantinos dado asilo dentro de sus muros á los celtíberos del partido de Viriato, y el cónsul Quinto Pompeyo Rufo les hizo un cargo de esta conducta, exigiéndoles la extradición de los refugiados.

Contestó Numancia que las leyes de la humanidad no le permitían entregar á los que en ella habían buscado un asilo, y que esperaba guardarla la fé de los tratados. Volvió Pompeyo aquella jactanciosa y acostumbrada respuesta: «Roma no trata con sus enemigos sino despues de desarmados,» y esta contestación fué la señal de guerra. El pretexto por parte de los romanos fué éste; el verdadero motivo era que los abochornaba la independencia que Numancia se había sabido conquistar.

Reunieron los numantinos sus fuerzas, que en todo subían á 8.000 hombres, y nombraron general de este pequeño ejército á un ciudadano llamado Megara.

Pompeyo acampó cerca de la ciudad con más de 30.000 hombres y se posesionó de las alturas vecinas; intentando atraer á los numantinos á batalla campal, hizo mil tentativas para lograrlo; pero dirigidos aquellos por el prudente y esforzado Megara, adoptaron un sistema de defensa, el más propio para mortificar al general de la república. De tiempo en tiempo hacían salidas y empeñaban combates parciales, de que siempre sacaban alguna ventaja; y cuando veían al ejército romano desplegar banderas y ponerse en movimiento, replegábanse dentro de las trincheras de la ciudad, á las cuales nunca se acercaban impunemente los romanos (1).

Fatigado Pompeyo de aquel sistema de guerra, suspendió el sitio y fué á ponerse sobre Termes, distante de Numancia nueve leguas.

Tampoco Termes estuvo de parecer de dejarse subyugar; antes bien, haciendo los termesinos una salida impetuosa, obligaron á Pompeyo á retirarse por ásperos y tortuosos senderos erizados de precipicios, por donde muchos soldados se despeñaron, teniendo el ejército que pasar la noche acampado y sobre las armas. Al día siguiente volvió sobre la ciudad, pero no recogió del nuevo ataque más fruto que del anterior, á pesar que muchos afirman haberla tomado en esta segunda acometida; de la relación de Appiano no consta así.

Dirigióse despues á Manlia, que se le entregó matando los mismos manlieses la guarnición numantina; corrióse á la Edetania, donde des hizo algunas partidas de sublevados, y revolvió con todo su ejército sobre Numancia.

¡Quedaba Numancia sola, para resistir á todo el poder romano!

Habíala aislado Pompeyo comunicándola con las pocas ciudades que pudieran ayudarla, y queriendo apretar el sitio y reducir á los

numantinos por hambre, discurrió hacer variar el curso del Duero, torciendo su cauce para que no entraran por él bastimentos. Pero estos, con sus espadas, supieron hacer desistir brevemente de su obra á los que se ocupaban en tales trabajos. Llegóse con esto al invierno, y los soldados romanos, no acostumbrados á la cruda temperatura de aquel clima, sucumbían al rigor de las heladas y de las nieves. Noticioso por otra parte Pompeyo de haber sido nombrado el cónsul M. Popilio Lenas ó Lenater para sucederle, antes de entregarle el gobierno resolvió hacer paces con los numantinos, acaso temeroso de que su sucesor alcanzara en esta guerra glorias á que él había aspirado en vano.

Tropezamos aquí con un testimonio de lo que era entonces la fé romana. Cuando llegó el cónsul Popilio, negó Pompeyo haber hecho aquellas paces, por lo ménos con las condiciones que de público aparecían. Verdad era que el insidioso cónsul había tenido la cautela de no firmarlas, so pretexto de hallarse entonces enfermo; y por más que los numantinos apelaban al testimonio de los principales jefes y caballeros del ejército romano, enturbióse de tal manera el asunto, que hubo de remitirse su decisión al Senado, el cual optó por la continuación de la guerra; que la flaqueza de los senadores igualaba á la indignidad y bajeza de los cónsules.

Fué primeramente Popilio contra los lusos, á quien no pudo vencer. Volvió al año siguiente (138) sobre Numancia, y hubiérale más valido haber admitido la paz que halló establecida por Pompeyo.

En cumplimiento de las órdenes con que le estrechaban de Roma, intentó un asalto en la ciudad. Ya estaban puestas las escalas sobre el débil muro; ni una voz, ni un ruido se sentía en la población; profundo silencio reinaba en ella; parecía una ciudad deshabitada.

Hízosele á Popilio sospechoso tanto silencio, y se retiró temiendo alguna estratagema. Temía con razón, porque saliendo repentinamente los numantinos á ayudarle en la retirada, arrollaron á los legionarios y los pusieron en desorden y verdadera derrota.

Sucesos dramáticos va á ofrecer la historia de Numancia en los años siguientes. Decio Bruto había sido enviado á la España ulterior, donde los lusitanos habían comenzado á alterarse de nuevo. Vino á la citerior (137) el cónsul Cayo Hostilio Mancino, hombre de imaginación tétrica, que turbada con funestos y fatídicos sueños, de todo auguraba desgracias y calamidades.

Al tiempo de embarcarse para España creyó haber oído en el aire una voz que le decía: *Detente, Mancino, detente*. Las noticias que acerca de las fuerzas de los numantinos traían de Roma sus soldados, no eran ménos siniestras. Y con esto, y con experimentar más de una vez la realidad de su bravura, no se atrevían ya á mirar á un numantino cara á cara. Encerrados permanecían en su campamento hasta que, á la voz de que los vacceos y cántabros venían en ayuda de los de Numancia, dióse prisa el cónsul á levantar los reales, y, á favor de las sombras de la noche,

se apartó de una ciudad donde creía no esperar sino desventuras. Una casualidad descubrió su fuga.

Dos jóvenes numantinos amaban ardientemente á una doncella. No queriendo el padre desairar á ninguno de los dos mancebos, propúsoles que se internasen los dos en el campo romano, y aquel que primero tuviera valor para cortar la mano derecha á un enemigo y traérsela, obtendría la de su hija y la daría en matrimonio. Salieron los dos enamorados jóvenes, y como hallasen con sorpresa suya el campamento romano desierto y solo, regresaron apesadumbrados como amantes, y gozosos como guerreros, á dar noticia de aquella impensada novedad. Tomaron entonces las armas con nuevo aliento los numantinos, y salieron en número de 4.000 en busca de aquellos cobardes fugitivos.

Avanzaron hasta encontrarlos, y empujándolos de posición en posición, redujéronlos á una estrechura donde no les quedaba otra alternativa que entregarse ó morir.

(Se continuará.)

A...

S. S. S. Q. B. S. M.

—Toma, dijo un papá, con rostro grave, á un hijo suyo, que jamás, por cierto, descubrirá la dirección del globo; léeme esa carta con marcado acento.

El torpe niño la miró con calma de arriba abajo, y comenzó diciendo:

—Dime, caro papá: ¿qué significan estas letras con punto, que al fin veo, tres eses, una cú, bé y ese y eme?

—¡Alabo á Dios!... ¡Qué niño tan despierto!... ¿Sabes qué significan, hijo mío?

Es muy fácil; escucha, estame atento:

*Siempre serás solemne calabaza,
borrico sin igual y gran mostrenco...*

JOSÉ ANTONIO GARCÍA DE LA IGLESIA

EL ENTIERRO DE UN ANGEL

Tal es el título del grabado que publicamos en otro lugar, y cuya escena la hemos visto todos al natural en los pueblos rurales.

Todos los caracteres que reviste el acto, se encuentran trasladados al papel con una verdad y un colorido, que no hay uno que, al observar los detalles no aprenda lo que significa la actitud meditabunda del padre y que no se explique la natural expansión de los chicos que forman el cortejo.

Para éstos, que no han experimentado las sensaciones que imprime al alma la razón, no hay dolor, no hay sentimiento, porque no meditan que aquel que conducen al cementerio se aparta para siempre de su lado, y no ha de jugar más con ellos ni en la plaza, ni en los bancos de la escuela: para aquel, que le dió el sér y tiene lacerado el corazón con los sufrimientos de toda la vida, no hay más que la triste realidad, y hondo gemido deja escapar de su garganta al llorar la prematura muerte de su hijo.

Los primeros, irreflexivos y extraños al

(1) No cabe duda en que Numancia tuviese murallas, como lo dicen Appiano, Alejandrino y Frontino, aun cuando Lúcio Floro indica, de una manera vaga, lo contrario.

finado, no ven más allá: el segundo abarca con su imaginación todos los instantes de su vida, y al ver desvanecerse las dulces ilusiones que le inspirara, al nacer, su tierno hijo, ve también un porvenir sombrío, que ha de ir poco á poco extinguiendo su ya abatido y trabajado espíritu.

—Le daremos carrera, decía á su mujer con entusiasmo el satisfecho padre cuando le estrechaba entre sus brazos ¿No ves qué mono es? ¿No ves qué ojos de inteligencia y de bondad?

Y el niño lactaba todavía.

Pero pequeño y todo, no sólo se pensaba en darle carrera, sino que se le determinaba una, se adivinaba su aprovechamiento y se le veía, con los ojos del alma, ceñir muy joven la faja del general ó la mitra del prelado.

Ese hijo era, desde su más tierna edad, el lenitivo de todas las torturas, el bálsamo que curaba las heridas que afligían al matrimonio, y en él esperaban para la vejez consuelo y protección.

Veíanle ya, dueño de sus haciendas, establecer una administración sensata y prudente que aumentaba las rentas de la casa; ganar

batallas y laureles; escalar los altos puestos del Estado, y hacerse un hombre ilustre, honra de la familia y de la patria.

Pero la negra suerte desvaneció todas esas halagadoras esperanzas, cortando en flor el hilo de la vida.

Por eso, medita y llora el padre mientras con irreflexiva algazara es conducido el niño por sus compañeros al eterno lecho.

Y no sólo medita su pasado; no sólo medita los acerbos dolores del presente, sino que contempla la inmensidad del porvenir.

En el pasado y en el presente, con serle



EL ENTIERRO DE UN ANGEL

conocidos, no halla más que penas y aflicción: sólo en el porvenir, por serle ignorado, encuentra algún consuelo.

El pasado le recuerda los entusiastas planes que, al calor del hogar, hacía con su buena esposa para educar y dirigir al fruto de sus amores, y ese recuerdo le arranca un suspiro del fondo de su alma: el presente le arrebató las esperanzas futuras, hinchando su corazón de pena y de lágrimas los ojos: el porvenir ¡oh!—el porvenir es siempre incierto, dice para sí, y lo mismo pudiera este inocente di-

rigir y ganar combates y laureles, si aprovechando el tiempo llegara á ser hombre de saber y buenas costumbres, que arrastrar un grillete en los presidios ó exhalar el último aliento en un cadalso, si, abandonado á los vicios y á la crápula, manchara su apellido con un crimen.

Y este pensamiento terrible, esta duda que deben abrigar todos los padres, por grandes que sean los sacrificios que hagan y esmerados que sean los medios que pongan en juego para educar á sus hijos, mitigaba en parte su

quebranto y hasta le hacía exclamar en silencio:

—Entre morir temprano, pero morir obedeciendo al decreto fatal promulgado en el Paraíso, lleno de inocencia y de bondad, ó morir más tarde sentenciado por la justicia humana, escarnecido por la sociedad y llenando de baldón á su progenie ¡hijo mío! bendita tu muerte sea, que si dejas en la tierra unos padres afligidos, vuelas al cielo, en donde has de morar los siglos de los siglos en torno de otro padre celestial, divino.

¡Quién sabe, añadía, los sinsabores que habría de costarle la adquisicion de un título, el ejercicio de su profesion, los contratiempos que acarrearán las convulsiones políticas, los tormentos que dan al cuerpo las enfermedades! ¡Quién sabe si la hacienda que yo poseo, y con la que contaba para darle carrera, había de prosperar, ni aun conservarse! ¡Quién sabe si en la edad de los peligros, en la edad de los extravíos, en esa edad en que el adolescente se deja arrastrar por los encantos seductores de un mentido mundo, se encontraría este niño sin padres y sin fortuna! ¡Oh! bendita mil veces la Providencia, si al escoger tu candor para aumentar el coro de su trono, te aparta de los tormentos de ultratumba, conserva nuestra buena fama y libra á la sociedad de un delincuente.

VICENTE D. BORDANOVA

EN LA MUERTE DE UNA JÓVEN

Nace el capullo entre las verdes hojas,
al influjo del sol ábrese luego,
y se ostenta una flor preciosa y pura,
que en su color imita al vivo fuego,
y enamora á las tiernas mariposas
con sus gratos aromas y hermosura.
Y cuando más solícitas la halagan
la luz y el aura que sus hojas besan,
y su amada la llaman,
y entre todas las rosas,
sin par reina escogida la proclaman,
tal vez del sol incompasivo rayo
quema sus hojas frescas y vistosas,
y en lánguido desmayo,
fenece en un momento
la que fué del jardín bello ornamento.
Así la hermosa jóven, tan amada,
de gracias y virtudes adornada,
cuando mas le sonreía la ventura,
cual flor que quema el sol, ó rompe el viento,
bajó ¡infeliz! á la honda sepultura.

MANUEL GONZALEZ ALVAREZ.

LOS ARBOLES DE SOMBRA

CUENTO

Principiaba el mes de Junio y la hermosa y templada primavera cedia su puesto á un riguroso estío. Los rayos del sol, cayendo casi perpendiculares sobre la tierra, si bien contribuían á la total madurez de las nieves, producían un calor sofocante sobre los hombres y animales que por su ocupacion se veían obligados á recibirlos todo el día, incluso las horas de la siesta.

Acababa el Sr. Clemente de dar la lección á los niños á la caída de la tarde, cuando llegó á la puerta de la granja uno de los gañanes de la casa, tan quebrantado y abatido, que apenas si tenía rigor para guiar la pareja de bueyes que le seguía.

El buen viejo, que todo era amor y caridad, conoció enseguida que aquel hombre se retiraba del trabajo antes de concluir el día por alguna causa ajená á su voluntad, y dirigiéndose á él, le preguntó con interés:

—¿Qué es eso, Braulio; cómo has dejado el trabajo tan temprano; te has sentido enfermo?

—Sí, señor, contestó desmayadamente el campesino. Estaba barbechando en el Riojal, y como Vd. sabe que en media legua á la redonda no hay por allí un árbol ni una sombra en qué cobijarse las horas de siesta, me he acostado al sol, y cuando he vuelto á principiar el trabajo por la tarde, me he sentido con un dolor de cabeza y una pesadez tan grande en todo

el cuerpo, que he tenido que desuncir y venirme, porque creo que estoy bastante malo.

El Sr. Clemente le examinó y pulsó; enseguida le dijo que se acostara, que él acomodaría los bueyes en el establo y que despues iria á verle.

El labriego le dió las gracias, y el anciano, despues de ejecutar lo que había dicho y reconocer que Braulio tenía una insolacion, que gracias á haberse retirado á tiempo solo le produciría una semana de cama, le propinó los medicamentos que creyó convenientes, y poniéndole el régimen que debía observar, volvió á la puerta de la granja y dijo á los niños:

—Ya es casi de noche, y por consiguiente hora de recogerse. Si mañana os portais bien, os contaré una historieta que me ha recordado la enfermedad de Braulio.

Le habeis oído que se ha puesto malo por no tener sombra donde cobijarse en el centro del día. Mañana os haré una relacion del trabajo que costó á un buen labrador introducir en su pueblo mejora tan hermosa y necesaria como los árboles de sombra.

Locos de alegría los muchachos ante la perspectiva de tener cuento al día siguiente, se fueron á acostar no sin haber antes besado la mano ó la cara al abuelito.

En un pequeño pueblo de Castilla la Vieja, que se distinguía por la pobreza y poca cultura de sus habitantes, fué á establecerse un labrador de otra comarca llamado Jacinto, que, á sus grandes conocimientos para el ejercicio de su profesion, unía una paciencia y una perseverancia consumada para llevar adelante sus proyectos.

No se conocían los árboles en todo el pueblo ni en sus alrededores, y en el primer año de su estancia en el lugar, Jacinto hizo llevar de otro que distaba diez leguas una porcion de arbolillos nuevos que plantó en las lindes de sus tierras y posesiones.

Los convecinos de Jacinto, léjos de imitarle en la plantacion de árboles por la utilidad que les había de reportar con su sombra, se irritaron de que un forastero tratase de introducir esta innovacion en el término del pueblo; y, dándose de ojo, en el espacio de un año consumaron el acto vandálico de arrancar y estropear la mayor parte de los árboles plantados por Jacinto. Pero éste, que ya contaba con lo que había de suceder, no desanimó por eso, y por espacio de cinco ó seis años más continuó renovando consecutivamente cuantos árboles le estropeaban sus estúpidos vecinos.

Tal constancia, unida al gran aprecio que en el pueblo se había logrado captar el nuevo vecino por sus buenas prendas de carácter, le consiguieron á los diez años de residencia en el lugar llegar á poseer unos cien árboles de distintas clases, ya bastante arraigados y copudos.

El principal empeño de Jacinto por aclimatar en sus propiedades una mejora de tanta hermosura como beneficio, había sido proporcionarse á sí mismo, y á sus gañanes y yuntas, un sitio ameno y sombrío donde seestear y descansar durante las horas del mayor calor, cuando se hallaran labrando las tierras.

En tres ó cuatro heredades, donde sus convecinos habían hecho imposible el arraigo de un solo árbol, Jacinto colocó unos rústicos sotechados cubiertos de cañizos ó de retamas, á cuya sombra descansaban él y los suyos los días que les tocaba laborearlas.

La salvaje inquina con que los habitantes del pueblo habían estropeado los primeros árboles, fué cediendo ante el convencimiento de su utilidad, hasta el caso de que los que más habían contribuido, en un principio, á la devastacion, trabajaban ya con alegría cuando desde el sitio de su labor estaban viendo el árbol benéfico que les había de prestar su sombra en las horas de descanso.

Jacinto había conseguido, por fin, su buen propósito á costa de paciencia y de perseverancia, y lo que antes había sido criticado y burlado por sus rústicos vecinos, llegó despues, á ser agradecido y apreciado hasta el punto de que, para manifestarle la consideracion que les merecía, le nombraron alcalde del lugar.

Reconocido Jacinto á esta prueba de confianza y simpatía, dirigió la palabra á sus convecinos en los siguientes términos:

«Encargado por vosotros de administrar la parte de vuestros bienes, que pertenecen á la comunidad del vecindario, no pienso hacer uso de mi autoridad más que para aconsejaros lo que os conviene.

Hace diez años, cuando me avenciné en este pueblo, no sabíais lo que era un árbol, y, por consiguiente, no podíais apreciar el inmenso valor de este rico don de Dios: de este principal adorno de la naturaleza.

Vuestro desconocimiento en este punto, y vuestra prevencion á innovaciones, me ha hecho plantar dos mil árboles para conseguir el poseer unos ciento. Si hubiéseis respetado los que habeis destruido sin pretesto ni razon, nuestra comarca se encontraría embellecida hasta el punto de ser envidiada por los vecinos; vuestros animales de labor se habrían ahorrado las grandes fatigas que en el verano pasan al sol las horas de descanso, y quizá alguno de los que me escuchais no hubiera tenido que llorar la prematura muerte de un sér querido, arrebatado á su cariño por una insolacion.

Nada os he dicho nunca, ni nada me habeis dicho respecto á este punto; pero vuestra conducta de hoy me revela que comprendéis ya la utilidad que los árboles proporcionan, y eso que no podeis apreciar los beneficios de su madera y de su leña.

Yo, que al hablaros de este modo creo cumplir con el deber de un hombre honrado y de una autoridad que desea el bien de sus convecinos, voy á proponeros un medio de que nuestro pueblo, dentro de diez años, haya aumentado considerablemente su riqueza y bienestar.

Toda la jurisdiccion de la aldea consta de unas ocho mil fanegas de tierra. Si nos comprometemos todos los vecinos á que en el término de cuatro años haya plantados cuatro árboles en cada fanega, áun cuando tuviéramos la contrariedad que se perdieran la mitad, todavía quedarían en la comarca diez y seis mil árboles, que á la vuelta de diez años la darian amenidad, frescura y salubridad, sin contar la madera y la leña que producirían.

Fuera del coste de los plantones ó arbolillos nuevos, que podrá ser á real cada uno, y que somos más de ciento á pagar, el árbol no cuesta nada su cultivo ni ocupa terreno laborable, por lo que es ganancia líquida cuanto produce.

Hagámoslo así, y á nosotros alcanzará la alegría y la satisfaccion de ver crecer los árboles que planteamos, y á nuestros hijos el tierno y venerable recuerdo de que á su sombra, en los ratos de descanso, puedan referir y bendecir la memoria de sus padres, que los plantaron para la comodidad y provecho de sus descendientes.

No creo que haya ya uno siquiera que no esté convencido de la utilidad del arbolado; si alguno hubiere tan desgraciado que, sin embargo de esta conviccion, atentara á destruir la propiedad de otro, arrancando ó estropeando los árboles de su vecino, ponédlo en seguida en mi conocimiento, y veremos de expulsarle del pueblo, si es que no prefiere ser entregado á los tribunales para ser juzgado y castigado con arreglo al Código criminal.

Como estoy convencido que no ha de llegar este caso, concluyo invitándoos á que el domingo, despues de misa mayor, nos reunamos todos en la plaza para celebrar mi eleccion de alcalde y prestar juramento de plantar cada uno en las lindes de sus heredades los árboles que le correspondan, con lo que espero que logremos cambiar el nombre de nuestra aldea.

Hoy es conocida con el nombre de *Villa-Triste*; dentro de diez años, con nuestra perseverancia y con la ayuda de Dios, espero que la podamos llamar, sin faltar á la verdad, *Villa-Alegre*.

Veinte años despues de esta arenga del alcalde, este, ya anciano, pero vigoroso, paseaba con el corazón henchido de alegría por una hermosa alameda que los vecinos de *Villa-Alegre* poseían, tocando con las casas del lugar.

Los moradores del antes *Villa-Triste* habían cambiado completamente de opinion respecto á la prevencion que antes tenían por el arbolado, poseyendo más de ochenta mil árboles desparramados por todo el término del lugar, que, además de la sombra y rendi-

miento, les daba también cultura, enseñándoles á respetar y cuidar los seres tiernos y delicados.

—Sencilla es esta relación, añadió el *viejo pastor* después de haber tomado un rato de descanso; pero espero, hijos míos, que no la olvidareis, pues aparte del gran producto y salubridad que los árboles proporcionan, sin gasto de ninguna especie, su respeto á ellos enseña á los hombres, desde niños, á estudiar y admirar las maravillas de la naturaleza, elevándose con estas consideraciones hasta el productor de tantos beneficios, hasta el Supremo Hacedor de todo lo creado, que en su infinita sabiduría y bondad cuida y atiende, desde el crecimiento y desarrollo de la más pequeña yerbecilla, hasta la completa formación del cuerpo y del entendimiento del hombre.

CAYETANO COLLADO Y TEJADA

EL SABER

Ayer, hoja tras hoja, todo un libro pasaba sin leer, y al dar vuelta á sus hojas, murmuraba: «Me lo sé... me lo sé.» Hoy, que me hace falta conocerle, al tomarle otra vez, asombrado murmuro al hojearle: «No lo sé... no lo sé.»

Por eso, niño, si ligero hojeas el libro del saber, dí, juntando realidad á engaño: «¿Me lo sé?... —No lo sé.»

ALBERTO DIAZ DE LA QUINTANA

LOS NIÑOS DESAPLICADOS

No debe olvidarse que la primera ley que rige á la humanidad es la del trabajo.

Desde el instante en que Adam, faltando al más sagrado de los deberes que su Creador le impusiera, dejóse seducir por el espíritu de la soberbia, Dios nos sujetó á esta fuerza potente, universal y creadora que se llama trabajo.

Como principio fundamental de la existencia, es ineludible en todas las esferas, en todas las épocas, en todas las edades.

Por eso el hombre maduro, lo mismo que el que comienza la carrera de la vida, están obligados á él sin privilegio ni excepción de ninguna especie.

El niño que empieza á ver claro en las tinieblas de su razón, tampoco está dispensado de esta ley suprema de la Naturaleza.

El trabajo del niño, aunque parezca que no tiene mérito ni objeto, es tal vez más trascendental que el del adulto reflexivo.

Este, solo atiende á sus necesidades materiales; aquel á las del alma, parte la más noble, la más sublime, la más bella de la criatura.

Por esta razón, la apatía, la indolencia, la desaplicación, son más terribles, más radicales en su esencia en el niño que en el joven desarrollado.

Porque el niño es tierno árbol que debe dirigirse rectamente si ha de existir con arreglo á su misión providencial, y una vez torcido su camino, es difícil y hasta cierto punto imposible, hacerle variar de rumbo.

La infelicidad estriba generalmente en el mal uso que el hombre hace en sus primeros años, de sus facultades naturales.

Vigilen, pues, los padres con constancia, á fin de evitar á sus hijos días de luto y desolación.

Cárlos era un niño obediente y sumiso á cuanto le mandaban sus mayores.

Siempre solícito y atento á todo cuanto pudiera representar una orden, un mandato de su madre, jamás dió que hacer, como vulgarmente se dice, á la autora de sus días.

Pero en un instante cambia de sistema, de carácter, de vida.

¿En qué consiste?

Bien sencilla es la explicación.

Cárlos encontró un día en la calle á un compañero de colegio, bastante desaplicado, cuyo nombre era Félix.

Este se entretenía en jugar á las bolas, en tanto que debiera estar en la escuela aprendiendo á hacerse hombre.

Dejóse Cárlos seducir por la charla picaresca de Félix, y abandonando el cestillo que llevaba para hacer un recado que se le había ordenado, púsose á jugar con su compañero.

Esto, que un día fué una leve falta en Cárlos, convirtiéndose insensiblemente en un vicio, llegando á dejar completamente los libros para dedicarse á la disipación.

Tras de una falta viene otra, y una serie interminable de estas conduce á la criatura de más rectos principios al más insondable de los abismos.

Félix era holgazán, mal trabajador, desaplicado.

Cárlos, por el contrario, era trabajador, laborioso, diligente.

La fatalidad hizo que se encontraran estos dos polos opuestos, y lo que es más grave, logró que en vez de repelerse, se atrajesen el uno al otro.

Pero siempre sobresaliendo con toda preponderancia el mal sobre el bien, el vicio sobre la virtud.

Al poco tiempo, conocióse que en Cárlos se había operado un cambio radical.

Se hizo indolente y perezoso.

Su carácter se agrió hasta el extremo de desobedecer y faltar al respeto debido á su madre.

Y todo por aquel fatal encuentro que tuvo con Félix y aquel juego más fatal aún que tuvieron en medio de la calle.

Como es sabido que lo malo se pega más pronto que lo bueno, todos los defectos de Félix pasaron á ser ingéritos en Cárlos.

Sus maestros estaban disgustadísimos con él, y hasta pensaron arrojarle de la escuela...

Pero esto no tuvo lugar por una feliz casualidad.

Luisa era una niña, hermana de Cárlos.

Tan obediente y aplicada como éste, en sus primeros tiempos, era el encanto y el lenitivo de los dolores morales de la que la diera el ser.

Muchas veces había reprendido á su hermano su holgazanería, sin conseguir gran cosa con sus sencillos y candorosos consejos.

Cárlos no hacía caso.

Pero un día, Luisa, toda gozosa, se presentó á su virtuosa madre, manifestando que había conseguido el primer premio en los exámenes verificados en el colegio.

Oír esto Cárlos y sentir en su ser un estremecimiento particular é indefinible, fué obra de un instante.

Era la dignidad que revivía, el amor propio que volvía á tener vigor en aquel espíritu adormecido.

La vergüenza asomó á sus mejillas en tintas de carmín, y lo que no hizo una madre con continuas exhortaciones, lo consiguió el sentimiento del decoro y la dignidad del hombre.

Porque Cárlos se veía humillado; vencido por su propia hermana.

Desde aquel momento concibió la idea de su regeneración, y no solo logró el premio tres años consecutivos, sino que en docilidad, obediencia y sumisión á toda prueba, pudo resarcir á su madre de los disgustos anteriores.

Pero aún alcanzó más, mucho más, casi un imposible: convertir á Félix.

Este llegó á ser, por fin, hombre de provecho.

La amistad que había contraído con Cárlos le hizo salir de su indolencia, y con tal de seguirle á todas partes, le acompañó hasta en el camino de la virtud.

No cabe duda de que la desaplicación trae enormes consecuencias.

Lo anteriormente referido es una excepción de la regla.

Un niño bueno, que por juntarse con un malo se hace como éste; que se convierte en holgazán é ingrato para con sus padres; que sale de este estado movido por el sentimiento de la dignidad, y que convierte al que le pervertió, es un ejemplo raro, muy raro, pero existe al fin.

En cambio, la regla general es que el que empieza de mala manera la carrera de la vida, llega al fondo del abismo con vertiginosa rapidez.

Procuren con todo ahínco los padres separar á sus hijos de las malas compañías, porque estas son la causa fundamental de la perdición de muchos.

No consientan que esos seres á quienes dieron la vida, empiecen su existencia olvidando los deberes del hombre, y sobre todo, el más grande, el más ineludible: el trabajo.

El que en su infancia es desaplicado, concluye en su ancianidad, si es que llega á ella, por ser un criminal ó por lo menos un ser despreciado de la sociedad.

Esta no puede admitir en su seno, por instinto de conservación, á hombres inútiles y sin provecho, que son elementos de perturbación y desorden.

La desaplicación, en fin, es un crimen de lesa humanidad, porque entrafía en sus diferentes fases cuestiones de vitalidad suma, de interés inconmensurable para el hombre respecto á Dios, á la naturaleza y á la sociedad.

JOSÉ MARÍA MEDINA

LECCIONES FAMILIARES,

POR

D. TEODORO GUERRERO

V

LAS VIRTUDES TEOLOGALES

Á LIDIA

Hay una palabra mágica que repiten todas las lenguas, que aprende el niño y conserva el viejo, porque nunca se borra; está escrita en la primera página del libro de la vida del cristiano, que se llama *Bautismo*, y en la última página, que se llama *Confesión*. Hay una voz que aturde sin gritar; que confunde sin imprecaciones; voz cuyo eco llega hasta el tímido que vacila ante el crimen; que arranca del lodo al cínico; que con su dulce inflexión arrastra hácia la virtud á los que nacieron bien inclinados.

Esta palabra, esta voz Omnipotente, se llama RELIGION: ella es la base constituyente de la sociedad; ella domina las pasiones; ella forma los hilos de una red, al parecer sutil, pero que sostiene al fuerte como al débil, al grande como al pequeño; ella nivela á los hombres, pues cubre con sus alas protectoras el palacio del magnate y la choza del mendigo; su consuelo es como el rocío de la noche, que benéfico empapa el campo estéril y el jardín florido; su furia alcanza también á todos, porque lo mismo descarga la nube de granizo sobre el tierno rosál que sobre el añoso tronco.

El primero de los deberes de las almas cristianas es la fé católica, tesoro de inesti-

mable valor, según ha dicho un profundo filósofo. La fe es la creencia ciega, en lo que la Iglesia propone como revelado por Dios; pero esa ceguera no debe provenir de las tinieblas, sino del efecto del resplandor que hiere los ojos del alma con la luz de la verdad. Las revelaciones hechas por Dios no necesitan verse: basta sentir sus efectos para humillarse ante el Supremo Hacedor y admirar sus obras.

No debes dudar, hija mía; ¿no comprendes que es un absurdo de la razón negar la causa, cuando se ven los efectos? Dudar de la existencia de Dios es renegar de sí mismo, es protestar contra la creación, que presenta sus maravillas y su admirable armonía como pruebas de la grandeza del que las forma y las dirige. ¿No sientes dentro de ti un soplo impalpable que se llama alma, y que existe y se agita á merced de una voluntad superior á la del hombre? ¿No dejamos de ser cuando esa voluntad lo dispone, sin que haya fuerza en la tierra que contraresta tan superior mandato?

—¡Hé ahí lo que vale el hombre ante Dios! Esos árboles que nacen y se desarrollan, sin deber á los labradores más que el cuidado de un incansable cultivo, ¿no perecen en un segundo, heridos por el rayo? Esa inmensidad de agua tranquila, ¿no se altera al rugido de la tempestad, y se traga las naves, llevadas por hombres atrevidos que se creen señores del Océano? Esas ciudades que ostentan edificios de solidez sorprendente, desafiando las tempestades y la acción de los siglos, ¿no se destruyen al movimiento de la tierra que los sostiene? Pues ese rayo asolador, esa tempestad poderosa y ese formidable terremoto, no son más que agentes de la voluntad del Rey de los reyes.

—¡Hé ahí lo que valen las grandezas del hombre ante el poder de Dios!

En las épocas revolucionarias del mundo no faltan insensatos que, aprovechándose de la agitación de las pasiones de los hombres y de la exaltación natural de los ánimos, pretenden destruir todo, y ponen la mano atrevida en el Arca Santa de la verdad, negando hasta la existencia de Dios. Cuando la tempestad desata sus furiosos, nada perdona y arrolla cuanto encuentra al paso; pero al volver la calma, el hombre se espanta de sus extragos. Ven acá, hija mía; cierra los oídos al grito de los ateos, y abre los ojos á la luz de la verdad.

Para probar la existencia de Dios no es preciso buscar más testimonio que Dios mismo. Dios está revelado en sus obras y también en las obras más grandes del hombre, porque el génio es rayo de inspiración que envía á sus escogidos para que se acerquen á El más que las existencias vulgares; y esas grandezas del hombre, que el hombre admira, por perfectas, por bien acabadas que estén, ¿pueden compararse con la última de las hechuras del Sér Soberano del universo? ¿En dónde está la mejor obra del más hábil artífice de la tierra que se compare con la máquina del cuerpo humano, que se usa años y años, resistiendo á la acción de los tiempos, al ímpetu de las pasiones desbordadas, á los rigores de los climas, sin entorpecer sus maravillosos engastes, sin enmohecerse, sin que se paralice su curso, hasta que el dedo de su mismo constructor, único que conoce el secreto de sus movimientos, la destruye para siempre, devolviéndola á la tierra de que la formó?

Las grandes ideas de los hombres tienen su misterio, que ellos no comprenden en la ceguera del amor propio; Dios ilumina la inteligencia de uno de sus escogidos é inventa la nave en que éste se lanza, atrevido, á cruzar los anchos mares. El hombre no ve que Dios quiso probarle que su atrevimiento se

estrellaría contra la ira de esas aguas que Él solo domina. ¡Así el hombre pierde su valor en la borrasca, y cae de hinojos para pedir á Dios clemencia!

Los triunfos mecánicos no son más que concesiones para probar su gigantesco poder, la riqueza de su inagotable fantasía. Dios hace que el hombre invente el microscopio para que penetre con los ojos en los secretos de lo invisible, y se asombre de la perfección y la armonía de aquellos seres y de aquellos objetos que revelan su grandeza, puesto que la imaginación del hombre no alcanza á comprenderlos, ni sus manos á formarlos.

¿Crees todavía que puedes dudar? ¡Hay de ti si das entrada en tu corazón á la funesta duda! Ese cáncer destruirá tu dicha, agotando las fuentes del bien y produciendo las perturbaciones, causas del mal. El excepcionismo es el delirio de una fiebre que consume y mata: Balmes lo ha dicho: es el vacío del alma que la desasosiega y atormenta; es la ausencia espantosa de toda fe, de toda esperanza; es la incertidumbre sobre Dios, sobre la naturaleza, sobre el origen y destino del hombre. El excepcionismo es uno de los más terribles castigos que ha descargado Dios sobre el humano linaje.

No; no se debe dudar: la fe cristiana es la salvación del alma, y dudar es anticiparse los tormentos del infierno, que Dios guarda para después de la muerte. ¿Hay nada más bello, más consolador, más fuerte que la fe? Ella rodea de encantos la trabajada existencia de los mortales, dándoles aliento para sufrir las contrariedades; ella hace fácil el duro trance de la muerte; ella calma el padecimiento de los mártires, ofreciéndoles la dulce perspectiva de la gloria; ella da valor para las empresas atrevidas; ella consuela al pecador arrepentido, anunciándole el perdón de su culpa; ella, por último, eleva al hombre hasta Dios, que le tiende la mano con afecto.

¿Cómo has de dudar, Lidia mía? Ante los rayos del sol, por más que deslumbren, nadie debe esconderse; sumida en las tinieblas, no sabes en donde pones la planta y arrastras una existencia de sufrimientos, sin ver nada grande, nada halagüeño, nada coloreado por la risueña esperanza. La duda es torcedor continuo que destruye lo bueno y empeora lo malo.

Cree en Dios y sus revelaciones serán la fuerza de tu espíritu para combatir contra los génius alados del mal, que persiguen á la criatura con el deseo de precipitarla en el abismo. Cree en Dios y serás feliz; ¡Dios te ofrece las sublimes bienaventuranzas! Pierde la fe, y no teniendo quien te defienda, se apoderará de ti el demonio de la duda para clavarte las garras y cantar el triunfo de su torpeza.

Dios te concede la vida; á El debes devolver lo que te ha prestado, pero dándole cuenta de tus menores pensamientos. La fe es el escudo que te protege contra las sugerencias del ángel malo: abrázate á la cruz del Salvador y no te asusten los escollos que te pongan por delante.

La esperanza es consecuencia de la fe: el que cree en Dios, en Dios espera. El que á Dios ama, Dios le premia. ¿Hay nada más fácil que alcanzar el cielo? ¿Hay nada más seguro para el mortal que encontrar la protección divina que concede las dichas terrenales? Ya ves, hija mía, á qué poca costa puedes vivir tranquila, sin tormentos para hoy y con la perspectiva para mañana de los inefables gozos de la eterna bienaventuranza.

Tu madre, al explicarte el *Catecismo*, con la sana razón de toda madre, más elocuente que la de los filósofos, te enseña á esperar todo de Dios, inclinándote al bien, y me prometo

que nunca se borrarán de tu memoria tan saludables indicaciones.

La fe es la estrella que señala el camino de la gloria, y la esperanza es el áncora de salvación de los cristianos.

La tercera virtud consiste en amar á Dios como á nuestro bien supremo y al prójimo como á nosotros mismos. Basada en tan santos principios, la caridad, hija mía, debe brillar perpétuamente en tu alma, como brilla el resplandor de una lámpara encendida siempre ante la imagen que se venera: el amor á Dios es tan hermoso como legítimo; engrandece al mortal y le proporciona con el regocijo la tranquilidad. El amor al prójimo es tan noble como justo; realza á los seres en sus mutuas relaciones, y conquista la satisfacción más grande de la tierra: la gratitud.

Sí, Lidia; la gratitud es un deber que has de guardar en tu corazón para ser digna del aprecio público. Besa la mano que te hace el bien y graba en tu memoria y en tu alma el nombre de tus favorecedores. Los ingratos son raza maldita, serpientes venenosas que desgarran el seno que las abriga. La ingratitud es la peor de las maldades, porque daña al bienhechor.

Uno de los rayos distintivos de la caridad, es la compasión que deben inspirar los males ajenos; allí donde haya que enjugar una lágrima, ve á derramar el bálsamo del consuelo; allí donde se presente una miseria que remediar, ve á compartir tu pan con el necesitado; allí donde veas un desgraciado que sufre, ve á atenderle con tus cuidados, y recibirás, con las bendiciones del socorrido, las bendiciones de Dios.

Nunca, hija mía, te burles de los defectos corporales de tus hermanos; compadece la desgracia, y alza tu voz en defensa del que tiene que vivir en perpétua lucha con el linaje humano, víctima de necias preocupaciones. Ten presente que el cuerpo es miseria que pasa y se destruye; el alma es la que no perece; el alma es la que debe mostrarse libre de todo defecto.

Reparte tu hacienda con los pobres y Dios bendecirá el pan que lleves á la boca; la caridad es virtud que enaltece en el cielo y en la tierra; la limosna es semilla que siembras para recoger, tarde ó temprano, el fruto de tu acción generosa; los hombres olvidan los beneficios, pero Dios no puede olvidar al que practica las virtudes.

Da en secreto la limosna, sin hacer gala de tu generosidad, para que sea meritoria á los ojos del pobre y del rico. Recuerda lo que dije en uno de mis libros (1): «la limosna que á la vista de un pueblo se deja caer en la ostentosa bandeja de plata para que el ruido llame la atención, es un alarde de orgullo; la limosna que se deja caer, al paso, en el modesto cepillo, es un rasgo generoso. Una y otra consuelan al triste; pero la primera la bendice el hombre; la segunda la bendice Dios.»

En fin, hija mía, las Virtudes Teológicas son los lazos que unen al hombre con Dios. Ten fijos los ojos en la tierra y el alma en el cielo: así evitarás el peligro; así alcanzarás la gloria.

(Se continuará.)

ADVERTENCIA

Causas ajenas á nuestra voluntad nos impidieron repartir con el cuaderno anterior el regalo que teníamos anunciado; pero lo subsanaremos en los siguientes, en la forma dispendiosa que acostumbramos hacerlo.

(1) En la novela *Una perla en el fango*, publicada en mi biblioteca CUENTOS DE SALÓN.

R. Velasco, impresor, R. tbi, 20.